

cipales aduanas, y debido á su extraordinaria energía y su actividad incansable, decidió definitivamente la caída de la plaza fuerte de Campeche.

Habiendo asaltado las posiciones del Carmen, perdonó, en los momentos mismos del combate, la vida del prefecto imperial, á pesar de las terminantes instrucciones que había recibido sobre el particular.

Era el león que peleaba con fiereza, y no el tigre carnicero que se sacia en sus víctimas.

En premio de sus hazañas, el Sr. Juárez lo nombró capitán de fragata; pero él quiso separarse de la política, renunciando la capitania del puerto de Campeche, que desempeñaba con inteligencia y honradez.

Compró un buque mercante, y navegándolo como capitán, se dedicó al comercio.

Su firma era respetada, y en la plaza de Veracruz tenía crédito amplísimo, pues todos sabían que era esclavo de los compromisos contraídos.

La conocida casa de Ferrer compró su buque, con la condición de que el mismo Capmany siguiera dirigiéndolo.

Desde entonces Capmany, vigilante celoso de los intereses que se le habían confiado, se abstuvo de todo participio en la política.

Acusado una vez de conspirador por Terán, salió absuelto!

La hiena dejó escapar su presa una primera vez.

En la noche del 24 de Junio dormía tranquilamente en su buque, cuando fueron á arrancarlo de allí los esbirros del Gobernador de Veracruz.

Sin formación de causa, sin juicio previo, sin permitírsele siquiera escribir dos palabras de despedida á su esposa y á sus seis pequeños hijos, ha sido pasado por las armas.

La digna compañera de Capmany pertenece á una de las más ricas y distinguidas familias de Campeche.

Capmany tenía cuarenta años: la edad de la fuerza, la edad del hombre.

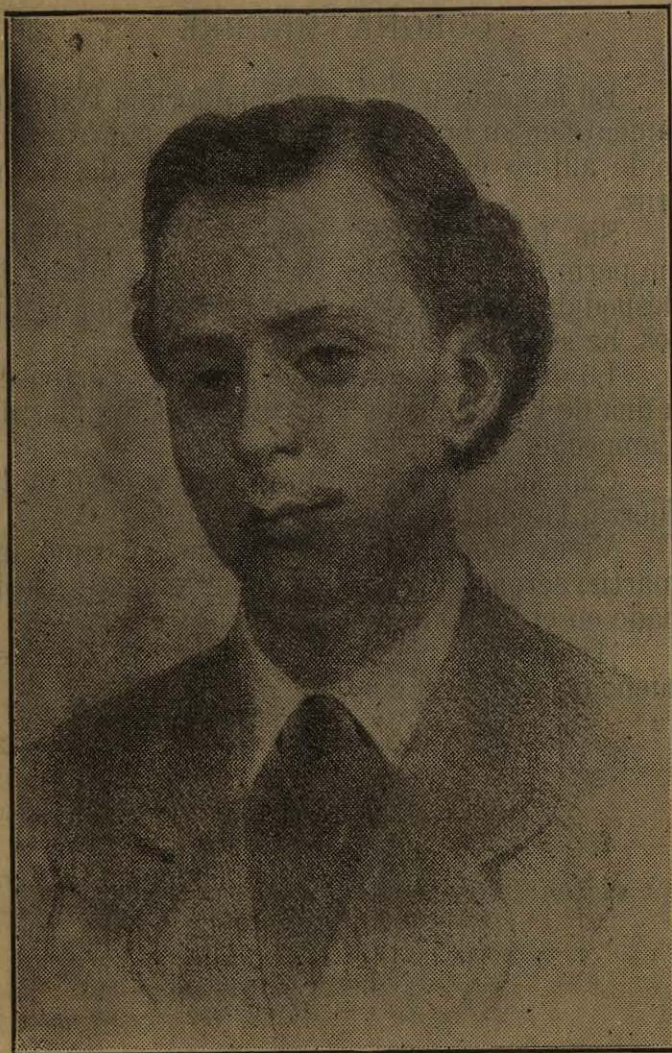
Vivió honrado y querido: murió como un mártir, sereno y tranquilo, cobardemente asesinado en el fondo de un cuartel.

¡Duerma en paz, y que su memoria turbe el sueño de sus verdugos!

JOSÉ NEGRETE.

Ramón Albert Hernández





Ramón Albert Hernández

---

## EL Dr. RAMON ALBERT HERNANDEZ

---

Cuando una muerte súbita nos arrebata á un hijo ó á un padre, nos sentimos con fuerzas para preguntar á Dios, con qué derecho nos separa de aquel sér querido. Cuando no los desig-nios de la Providencia, sino el brazo de un tira-no, nos separa de un hermano, la primera pala-bra que sale de nuestros labios es una maldición.

Es en vano querernos reprimir. Hay algo su-perior á nuestra voluntad, algo invencible que provoca nuestro encono y confunde nuestro dolor con nuestra desesperación.

Pero pasan las horas, vienen los días, y el león que ha rugido respirando venganza, cede al dolor que le causara la herida que lleva en el co-razón.

Pasan los días tambien para nosotros, y aun-que no se debilita nuestra sed de justicia, el do-lor agobia nuestra alma y buscamos en vano al-go que nos consuele.

Ramón Albert Hernández, joya preciosa de una juventud robusta y noble, alma nacida para el bien, inteligencia privilegiada, voluntad inque-brantable, carácter altivo, conjunto, en fin, de muy levantadas cualidades y de relevantes vir-tudes, Ramón Albert ha descendido á un sepulcro en que la tierra tendrá cuidado de no confundir-se con el polvo del mártir.



La tierra procurará separar lo que el verdugo quiso confundir, buscando el olvido de un crimen en el desaparecimiento del sér sacrificado.

Ramón Albert Hernández, nacido en las agrestes márgenes del río Palizada, Distrito del Carmen (Campeche,) buscó en Mérida la educación que reclamaba su espíritu; las cátedras de la Escuela de Medicina de México fecundaron su preclaro entendimiento, y de allí, en aquellos días, cuando el águila imperial se cernía sobre nuestra infortunada República, Albert fué á tomar un lugar al lado de los valientes que el denodado general Cepeda Peraza llevó á la victoria en la Península, contra las huestes de Maximiliano.

Después, aquel joven que había cumplido con sus santos deberes para con la patria, entregóse al lugar, en donde una joven y amante esposa rodeada de siete inocentes niños endulzaba las amarguras de aquella alma noble y generosa.

Pero Albert, á quien los deberes para con la patria le habían distraído de la profesión que abrazó, se había retirado de los empleos, los más honoríficos, pobre y sin más porvenir que esa misma profesión. El, como muchos, creyó hasta su muerte que un buen patriota no debía mezclarse en las cosas públicas, ya que se había subvertido el orden constitucional, á cuya conservación había dedicado sus esfuerzos en la escala en que se hallaba colocado.

Más tarde resolvió abandonar á Mérida, lugar de su residencia, viniendo en busca de otra

que le prestáse más garantías para conseguir lo necesario para sus felices hijos.

Estuvo en México algunos días, y cuando se hallaba en Veracruz de tránsito para la costa ó para Yucatán, según resolviese convenir á sus intereses, la muerte, en una de sus más feroces formas, se le presentó en la noche del 24 al 25 de Junio.

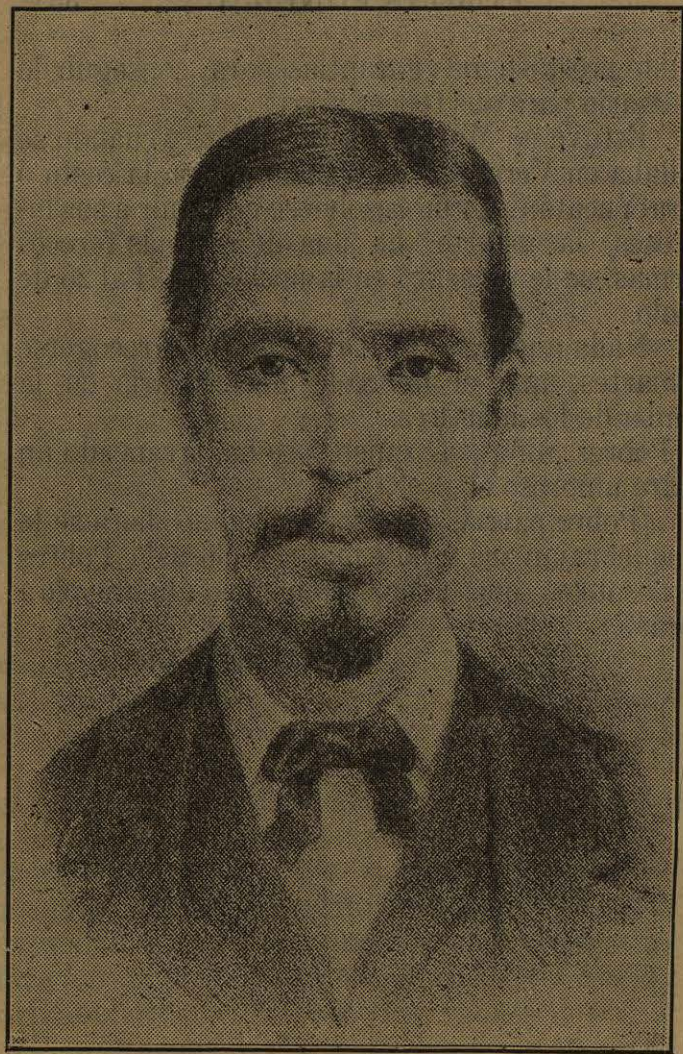
Nada auguraba al Dr. Albert, al recogerse el martes, que el miércoles descansaría en la tumba de los mártires.

¡Pobres niños, á quienes se ha arrancado un padre amoroso!

¡Pobre patria, á quien con mano fiera se le desquebrajan sus ramas más preciosas! ¡Pobres de nosotros, que apenas tenemos aliento para llorar!

MANUEL PENICHE.





Luis G. Alva

---

## D. LUIS G. ALVA

---

Hé aquí un nombre, pero un nombre de esos que recogerá la historia para honra de la víctima y baldón y oprobio de sus enemigos.

¡Don Luis G. Alva! ¿Quién fué ese hombre? ¿qué hizo por su patria? ¿cuáles son sus méritos, sus servicios? ¿cuál es su biografía?

Podemos hacerla en unas cuantas líneas. Alva fué liberal, fué patriota, fué hombre de convicciones y de corazón, fué un buen ciudadano. Alva adoraba en la Constitución los principios que ella entraña, veía en el imperio de ésta la salvación de la República.

La poética ciudad de las flores, —Jalapa— fué la cuna de ese hombre. Estudió en el colegio de ese oasis del país, y de allí salió para combatir á la reacción, no por odio á los hombres del pasado, no por cálculo, no para especular, sino porque su conciencia le decía que era preciso sacrificarse con el fin de alcanzar el triunfo de la libertad y de la Constitución.

Luchó y vió coronados sus esfuerzos: sus esperanzas se realizaron: la causa del pueblo obtuvo el triunfo más espléndido.

Una época de prueba esperaba todavía á la República; la intervención y el imperio vinieron á sembrar el llanto, y Alva acude á defender á su Patria y se cubre de gloria en Puebla en 1863,



combatiendo á los enemigos de su patria.

En uno de aquellos días en que la lucha era más sangrienta y la fortuna sonreía á los invasores, se encomendó al valor y patriotismo de Alva una empresa atrevida. Habían abierto una brecha los franceses, y el digno veracruzano, tomando el primero un saco á tierra y seguido de un puñado de valientes, logra contener los avances de los que se llaman los primeros soldados del mundo.

Y no era este hecho el único que debía demostrar el heroísmo del hombre cuya biografía hacemos. El 2 de Abril de 1867, estando Alva á las órdenes del Sr. General Alatorre, va con treinta hombres á desalojar á más de doscientos que ocupaban la manzana del Hospicio de Puebla y obtiene el triunfo más completo.

Después, Alva, sirvió en un empleo humilde á los gobiernos legítimos de los Sres. Juárez y Lerdo. No perteneciendo á esa falange de tráfugas que no se avergüenzan hoy de ser amigos de los que ayer fueron sus adversarios, Alva se retiró á la vida privada, apenas obtuvo un triunfo casual la odiada *regeneración*. No creyó deber desmentir sus honrosos antecedentes, no creyó deber ensuciarse en el fango de los tumultos de donde salieron los mandarines actuales, y permaneció en la condición privada, lamentando los abusos, las arbitrariedades, la tiranía de los que asaltaron el poder público.

Y de ese asilo sagrado, donde solo se gozan los inefables encantos de la familia, donde el alma

se extasía en medio de las dulzuras de la esposa y los hijos, del seno de la tranquilidad y de la ventura, respetado en todos los países y por todos los gobiernos, es arrebatado el Sr. D. Luis G. Alva para ser vilmente asesinado en un cuartel de la federación, sin formación de causa, atropellando las fórmulas de la ley y la ley misma, insultado por sus verdugos.....!

¡Una víctima más sacrificada por los usurpadores, un hombre útil arrancado á la familia y la sociedad, y un hombre honrado, un liberal sincero, un patriota.....!

Alva murió dejando en la orfandad á una esposa y á seis pequeños hijos, cuya sola presencia debe engendrar terribles remordimientos en los asesinos, si es que el sentimiento de humanidad no los ha abandonado á éstos. Una esposa y seis hijos sin apoyo, sin guía, sin un padre que los dirija por las escabrosas sendas de la vida.....

¡Desgraciada víctima! ¡Desgraciada familia! ¡Qué Dios haya premiado al mártir, que la Providencia protega á los huérfanos! ¡Que la historia consigne con caracteres indelebles ese asesinato infame, para eterna afrenta de los verdugos, para eterno baldón de un gobierno bajo cuyo imperio se han cometido tan espantosos crímenes!!

AGUSTIN R. GONZALEZ,



---

---

## JAIME RODRIGUEZ

---

Escribimos los rasgos biográficos de un muerto.

La tumba es inviolable como la libertad, y no se la debe tocar sino con la antorcha de la justicia.

El mundo de los que son y el mundo de los que fueron, están separados por el infinito.

El aliento de los vivos se confunde con el éter, y el éter guarda el sueño de los muertos.

En cada rayo de luz flota un átomo de los sepulcros, y en cada sepulcro palpita un átomo de vida.

Lloramos á los que mueren, porque desaparece en ellos toda personalidad, más aún si son mártires de una idea ó víctimas de una crueldad.

Existe en los predestinados una vaga intuición de lo porvenir, la vista de un lejano peligro que toma forma en las luchas tempestuosas de la vida. Quizá por esto esos hombres se lanzan denodados do quiera que vean lo titánico y desconocido.

Jaime Rodríguez era uno de esos séres.

En 1824 recibió el primer beso de la vida en la península de Yucatán, Estado fecundo en dar ilustres y valerosos hijos á la patria.

Muy niño aún, lo dedicó su familia á la vida tormentosa de la marina, á esa vida peligrosa,

terrible, en pavorosa lucha con los elementos destructores, que parecen hacinados por la mano de Dios para reflejar en sus ondas el espíritu de las tinieblas.

El aire del mar vigoriza el cuerpo, ensancha el alma y comunica á los marinos un ígneo efluvio en su ardorosa imaginación, haciendo de ésta manantial perenne de generosos sentimientos.

El contacto íntimo con las grandes ciudades prostituye el espíritu y pervierte el corazón, y la vida solitaria y bravía, lo ennoblece.

A los veintitres años, Rodríguez había alcanzado un puesto distinguido en la marina mexicana, debido á su honrada y digna conducta; pero una enfermedad peligrosa que le sobrevino, le obligó á retirarse á Alvarado, donde residía, cuando en 1847 la escuadra de los americanos arribó á las aguas de Veracruz.

Morir por la patria es el bello ideal de los héroes, pues no parece sino que ven en su imaginación el cielo relampagueante de la guerra. Rodríguez no permaneció indiferente al llamamiento de la patria, alistándose para combatir á los invasores, bajo las órdenes del General Tomás Marín.

En una acción de guerra contra los yankees fué peligrosamente herido, escapando de la muerte por los esfuerzos y la cariñosa atención del facultativo que lo visitaba.

Desde entonces luchó siempre contra los enemigos de la República, filiándose en el partido



liberal y combatiendo á todos los opresores de México.

Pero en donde más se distinguió Rodríguez fué en la guerra de Reforma, desplegando actividad tal, que mereció los calurosos aplausos de sus amigos y correligionarios, especialmente los del general José G. Partearroyo, quien le confió delicadísimas comisiones que supo llenar cumplidamente, exponiéndose con frecuencia á la saña de los traidores.

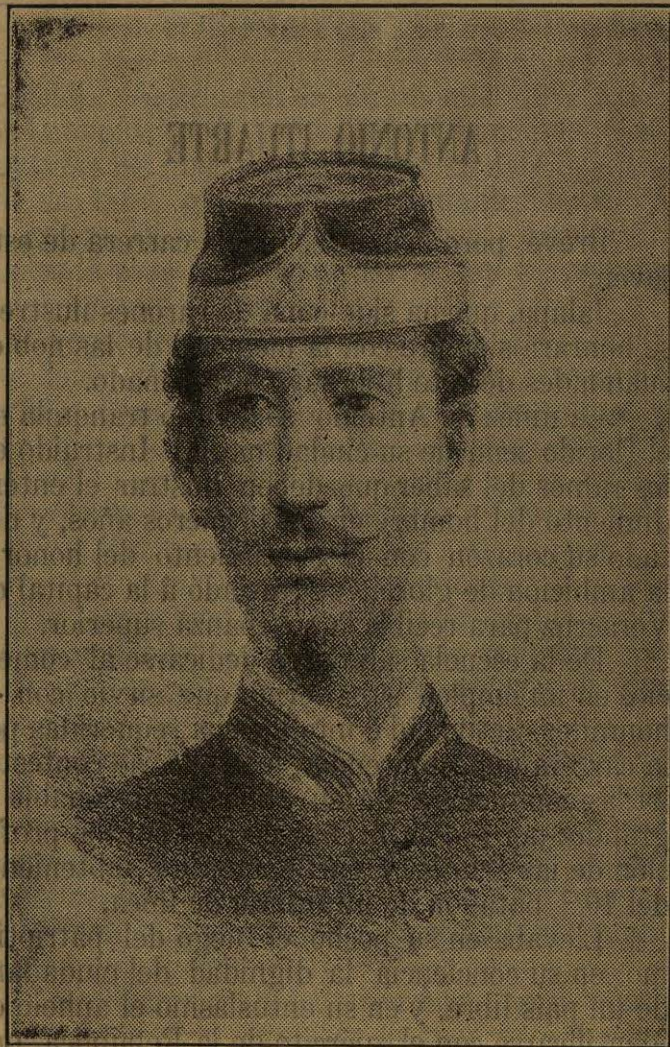
¡Cuántas veces recostado en el puente de su embarcación, contemplaría silencioso la sonrisa de la noche que amorosa besaba las espumosas ondas?

¡Ah! ¡Tal vez cuando las enchidas olas azotaban con furor el buque en sombría y borrascosa noche, elevaría una dolorosa plegaria al Omnipotente para que velase por su esposa y por sus adorados hijos.

¡Duerme en paz, ilustre mártir, y que un recuerdo sangriento rasgue como una hoja cortante la tenebrosa conciencia de tu asesino!

¡Dios y la patria velarán por los hijos queridos que dejas en la orfandad!.....

ADOLFO CARRILLO.



Antonio Ituarte



---

## ANTONIO ITUARTE

---

Breve, pero brillante, fué la carrera de este joven.

Jalapa, que ha sido cuna de varones ilustres, se honrará siempre con la memoria de las nobles cualidades de este hijo suyo infortunado.

La niñez de Antonio se arrulló tranquila en el florido seno de su ciudad natal. Instruido en los ramos del saber que deben ilustrar el entendimiento del hombre en sus primeros años, y dotado su corazón con el sentimiento del honor y la ambición de gloria, se trasladó á la capital de Veracruz para recibir la enseñanza superior.

De la escuela salió para dedicarse al comercio, en un empleo subalterno, que sirvió con la honradez, actividad é inteligencia requeridas por la carrera que emprendía; mas ella no contestaba las aspiraciones de su alma impresionable y grande; por eso en 1871 se decidió por la profesión de las armas, y fué nombrado subteniente del 10<sup>o</sup> batallón de infantería de línea.

Llevaba en su pecho el fuego del patriotismo, en su conciencia la dignidad del ciudadano de un país libre, y en su entusiasmo el anhelo de identificarse con el ejército de la República, que aun conservaba frescos los laureles ganados en la guerra que sostuvo con los enemigos de las instituciones democráticas y de la independencia

nacional. Asegurada la autonomía de México por la expulsión de los soldados franceses, y afianzadas las libertades públicas en la Constitución de 1857, gloriosamente restablecida sobre las ruinas del pasado, el joven Ituarte empuñaba la espada para hacer guardar la ley y respetar la autoridad del pueblo.

Pronto se le ofreció la ocasión de cumplir este deber, porque desgraciadamente, el general Porfirio Díaz, olvidando los suyos de militar y ciudadano, levantó en la Noria el estandarte de la rebelión contra el gobierno, que según la ley y la voluntad nacional presidía el reformador de nuestras instituciones, gran padre de la patria y Benemérito del Continente Americano.

El comportamiento de Antonio en las acciones de armas en que tomó parte, le valió el respeto de sus compañeros y la recomendación de sus superiores.

Distinguióse especialmente en las batallas de Zacatecas, Puerto del Carnero y Topo Chico. En las primeras, la victoria le dió á probar los halagos con que la fortuna sabe premiar el valor esforzado y el talento del guerrero; la derrota, en la última, proporcionó la medida de su serenidad y pundonor.

Los contrarios le hallaron firme en su puesto, donde prefirió afrontar la muerte á dar un paso atrás para salvarse.

Hecho prisionero y conducido á Monterrey, los vencedores lo pusieron en la cárcel. Así tal vez querían envilecer al oficial cuya superioridad



no podían menos de sentir. ¡Vano intento! El valor de la virtud no está en la estimación que de ella hacen los malvados.

A los cuatro meses de tan indigno tratamiento, la entrada triunfal del general Rocha á la capital de Nuevo León, abriendo á Ituarte las puertas de la cárcel, le permitió volver á la defensa de la ley y de la autoridad, desconocidas por el bando porfirista. Entonces fué destinado al Estado Mayor del general Fuero, á quien sirvió como ayudante de campo, hasta el fin de su carrera militar.

Bajo las inmediatas órdenes de tan ilustre jefe, hizo la campaña del Norte y concurrió á la batalla de Icamole. En aquel campo vió la espalda al vanidoso caudillo de la rebelión, nuevamente nacida en Tuxtepec y amamantada en Palo Blanco.

Al fin, la fortuna caprichosa concedió en Teacoac sus favores vergonzosos al fugitivo de Icamole. Nuestro joven oficial no quiso ser infiel á sus deberes y sacrificó sus inclinaciones marciales al culto del honor que había conservado sin mancilla. Descenida la espada, volvió en Veracruz á la modesta ocupación de dependiente de una casa de comercio.

D. Luis Mier y Terán, general del ejército revolucionario, había obtenido el gobierno de Veracruz en premio de su rebelión. Invitó á Ituarte á servir en las fuerzas que sostienen la usurpación del poder público, ofreciéndole el ascenso inmediato de su antiguo empleo. Ituarte

rehusó cortés pero con dignidad. Irritó con esto al seductor burlado, quien desde entonces lo hizo objeto de su ódio, seguramente porque, cómplice de Dn. Porfirio Díaz en la infidelidad, no podía comprender el elevado móvil de una conducta para ellos tan extraña.

Luego el gobernador de Veracruz concibió la sospecha, ó acogió la vil sospecha de que Antonio conspiraba contra el gobierno impuesto al país por las bayonetas rebeldes, y sin más antecedentes que éste, ni otro motivo que la noticia de la sublevación del "Libertad" en aguas de Alvarado, se apoderó de Ituarte y de otros ocho ciudadanos inermes, la noche del 24 de Junio último.

Por orden de Terán fueron los presos llevados al cuartel del batallón núm. 23, perteneciente á las fuerzas federales y comandado por el coronel Cuesta, cuñado de aquel, y antes que se disiparan las sombras de la noche, fueron los nueve pasados por las armas.

Sin una prueba legal de que Ituarte fuera delincuente, sin preceder la inquisición del delito, negada la defensa á que tiene derecho el mayor de los criminales, violada la Constitución que abolió la pena de muerte para los delitos políticos, Ituarte, como sus compañeros, fué asesinado cobardemente en medio de las tinieblas.

Terán dispuso la matanza y la presencié con diabólica complacencia.

Enmudezca aquí la indignación que causa este hecho propio de salvajes, y contemplemos



en medio de aquella sangrienta noche la hermosa figura del joven á cuya memoria están consagradas estas líneas.

Antonio Ituarte, como ciudadano fué modesto, observante de la ley y sumiso á la autoridad legítimamente constituida.

Como soldado, valiente, caballero y fiel á su bandera.

La patria le recordará siempre entre sus hijos buenos.

Su memoria será día y noche el torcedor de la conciencia de sus asesinos.

La reprobación del crimen y la execración de sus autores, expresadas por todos los medios en que se da á conocer la opinión pública del país, libran á la patria de Ituarte, ante la civilización escandalizada, al menos del cargo de complicidad con los carniceros que tienen asestado el puñal infame en la garganta de sus hijos.

MANUEL AZPIROZ.

---

## LORENZO PORTILLA

---

Sin odio ni rencor, impulsados solo por un noble y tierno sentimiento, venimos á colocar nuestra cariñosa ofrenda en la tumba de las víctimas del 25 de Junio, fecha terrible, escrita con caracteres de sangre en las páginas de nuestra historia.

No vamos á escribir la biografía de un guerrero ilustre, de un hombre de Estado ni de un poeta eminente. Nada de eso.

Vamos á hacer una relación sencilla, para que nuestros lectores sepan quién es el modesto ciudadano sacrificado villanamente por las iras del general Luis Mier y Terán.

Pocas líneas bastarán á nuestro objeto.

Lorenzo Portilla nació en Veracruz.

Desde muy joven y despues de haber recibido su primera educación, sus honrados padres lo dedicaron al comercio.

Dotado de un carácter tranquilo, de una conciencia honrada y de un sano criterio, pronto ocupó un lugar distinguido en la sociedad veracruzana.

Era un tipo simpático; modesto, franco, leal y laborioso, se hacía querer de todos los que lo trataban, era el ídolo de sus amigos y la esperanza de sus padres.

Pronto encontró una virtuosa mujer que unió



su vida á la suya. Dios bendijo aquella unión; el ángel de la felicidad extendió sus blancas alas sobre aquel santo hogar, y seis tiernos niños trajeron la ventura al corazón de los esposos.

¡Pobres criaturas! Muy pronto la mano homicida de un hombre sin corazón iba á dejarlos en la orfandad, el abandono y la miseria!

En ese hogar, donde antes no se oían más que las risas juguetonas de esos niños, sólo se escuchan los ayes lastimeros de una madre y los gritos desgarradores de la inocencia!

No tenemos que consignar ninguna acción heroica de Portilla, ningún hecho de armas. No, jamás se había mezclado en las revueltas políticas, sus manos no estaban manchadas con la sangre de sus hermanos.

Su vida estuvo consagrada al trabajo y á los tranquilos goces de la familia, siempre estaba dispuesto á socorrer al desgraciado, y las puertas de su casa se habrían de par en par para aliviar alguna desdicha.

Era liberal y patriota, sin hacer ostentación de estas virtudes.

En la época del imperio fué encarcelado y enviado al destierro, porque manifestaba libremente sus opiniones. Es el único hecho de su vida que tuvo algún roce con la política, y por cierto que ese hecho le honra altamente.

Al triunfo de la República jamás exigió recompensa alguna por sus sufrimientos.

Había cumplido con un deber, y honrado y altivo, creyó que nada había hecho que mereciese

recompensa.

Jamás ocupó ningún empleo en el gobierno, y últimamente había establecido en la plaza de Veracruz una casa de comisiones.

En la noche del 24 al 25 de Junio, Lorenzo Portilla fué arrancado del seno de su familia y llevado al cuartel del batallón núm. 23, de la Federación. Allí se presentó Terán, y ardiendo en ira ordenó fuera pasado por las armas.

Portilla protestó que era inocente y que se iba á cometer con él una grande injusticia y un asesinato. Terán estaba frenético, nada le convenció, quería á todo trance derramar sangre, y repitió por segunda vez aquella bárbara orden.

La víctima pasó sus manos entre sus cabellos bañados por un sudor frío. La imágen de su esposa y de sus hijos, sin duda cruzaba en ese momento por su cerebro. Trató de serenarse y pidió como única gracia se le permitiera dar el último adios á aquellos seres tan queridos, á aquellos pedazos de su alma, y dictar sus últimas disposiciones.

Terán nada concedió. Había empezado la matanza y era preciso concluir. Tenía sed de sangre.

Haciendo un supremo esfuerzo, Portilla cerró sus ojos, que no deberían volverse á abrir, y esperó tranquilo la muerte.

Sus lábios se movieron convulsivamente. Sin duda hablaba con Dios y le pedía por su esposa y sus hijos abandonados! Tal vez tuvo en aquellos últimos momentos palabras de perdón para sus